TRADUCCIÓN

LAS TRIBULACIONES DEL HERMANO JERO

WOLE SOYINKA*

Personajes

JEROBOAM predicador de la playa
VIEJO PROFETA su mentor
CHUME asistente de Jeroboam
AMOPE su esposa
UNA VENDEDORA
MIEMBRO DEL CONGRESO
MUJER PENITENTE
VECINOS
FIELES
UNA MADRE DIFÍCIL
UNA JOVEN
TAMBORILERO

Primera escena

El escenario está completamente oscuro. Un reflector pone de manifiesto al Profeta: es un hombre con una barba espesa y muy cuidada, su cabellera es abundante y esponjada, pero está bien peinada, no como la de la mayoría de los profetas. La palabra apropiada para describirlo sería "suave". Lleva un morral de yute y la vara de profeta.[1] *Habla directamente al público, con su acostumbrada altanería.*

JEROBOAM: Soy un Profeta. Un profeta por nacimiento y por inclinación. Probablemente han visto a muchos de nosotros

* Wole Soyinka, el más reciente ganador del Premio Nobel de literatura, nigeriano de origen, además de poeta, ensayista y novelista, es básicamente un importante dramaturgo. Entre sus obras para el teatro se destacan *The Road* (presentada por el Theatre Royal, Stratford, 1965), *The Lion and the Jewel* (London's Royal Court, 1986) y la que aquí ofrecemos, *The Trials of Brother Jero* (*Collected Plays*, vol. 2, Oxford University Press, 1974), entre muchas otras.

[1] Una vara de metal como de medio metro de largo, afilada en un extremo y curvada en el otro en forma de anillo.

en las calles, muchos con sus iglesias propias, muchos tierra adentro, muchos en las costas, muchos conduciendo procesiones, muchos buscando procesiones que conducir, muchos curando a los sordos, muchos resucitando a los muertos. En realidad, hay de huevos a huevos. Lo mismo ocurre con los profetas. Soy un profeta innato. Creo que mis padres lo advirtieron porque nací con una cabellera bastante abundante y larga. Se decía que me llegaba hasta los ojos y hasta el cuello. Para ellos eso fue un signo inequívoco de que yo era un profeta por naturaleza. Y acabé por amar el oficio. En aquellos días yo era un profeta respetable y la competencia era digna. Sin embargo, en los últimos años la playa se ha puesto de moda, así que la batalla por el espacio ha hecho de la profesión algo ridículo. Podría nombrar a algunos profetas que obtuvieron su pedazo de playa haciendo que sus feligresas bambolearan sus pechos en éxtasis espiritual. Con lo cual se ganaron el favor de los consejeros que vinieron a dividir la playa entre nosotros.

Sí, el asunto llegó a tal extremo que fue necesario que el Consejo de la Ciudad viniera a la playa a dirimir de una vez por todas la guerra territorial entre profetas. Mi Maestro, el que me guiara en cuestiones proféticas, expuso su alegato y obtuvo una concesión de tierra... Yo lo ayudé: realicé una campaña con seis bailarinas provenientes del territorio francés, todas vestidas de Testigos de Jehová. Pero mi viejo Maestro no advirtió que en realidad yo me estaba ayudando a mí mismo.

Pero vean, en estos días la playa ya no vale la pena. La corriente de fieles ha disminuido a unas cuantas gotas y de veras que tenemos que pelear por cada nuevo converso. Todos prefieren darse la gran vida al ritmo de himnos celestiales. Además, la televisión mantiene en sus casas a nuestros más ricos patrocinadores. Venían generalmente en la tarde, cuando no era fácil que los reconocieran. Ahora se quedan en casa viendo televisión. Sin embargo, lo que deseo al venir aquí es que presencien un día memorable de mi vida, un día en el que por un momento llegué a pensar que la maldición de mi viejo Maestro estaba a punto de realizarse. Me hizo temblar bastante, pero... el Señor protege a los suyos...

[Entra el Viejo Profeta agitando el puño.]

VIEJO PROFETA: ¡Miserable desagradecido! ¿Así me pagas los largos años de entrenamiento que te di? Echarme, a mí, a tu antiguo Tutor, de mi pedazo de tierra... diciéndome que ya he vivido de más. ¡Vaya! Ojalá te paguen con la misma moneda. Que la rueda de la fortuna dé la vuelta completa y te encuentre tan indefenso como tú me has dejado ahora... *[Continúa profiriendo maldiciones, pero no se escuchan.]*

JEROBOAM *[no haciéndole caso]*: No me conmovió para nada. El viejo decrépito fue tan imbécil como para creer que cuando organicé esa campaña para obtener el terreno que disputaba con *[contándolos con los dedos]* la Hermandad de Jehú, los Querubines y Serafines, las Hermanas del Día del Juicio y los Vaqueros Celestiales (para no mencionar a las Testigos de Jehová que representaron las chicas francesas)... bueno, pecó de vanidoso si creyó que lo hacía todo por él.

VIEJO PROFETA: ¡Ingrato! ¡Monstruo! Te maldigo con la maldición de las Hijas de la Discordia. Que ellas produzcan tu caída. Que las Hijas de Eva traigan la ruina sobre tu cabeza.

[El Viejo Profeta se retira, agitando el puño.]

JEROBOAM: En realidad fue una maldición de pacotilla. Él sabía muy bien que yo tengo una debilidad: las mujeres. No es mi culpa, tómenlo en cuenta. Deben admitir que soy bastante guapo... no, no se equivoquen, no soy nada vanidoso. No obstante, he decidido estar en guardia. El llamado de la Profecía está en mi sangre y no voy a arriesgar mi vocación por la veleidad de las mujeres. Por eso me mantengo alejado de ellas. Aún soy soltero y desde el día en que me independicé ningún escándalo ha manchado mi nombre. En verdad que fue un triste día ese en el que me desperté y lo primero que vi fue a una Hija de Eva. Pueden comparar esa impresión con la de despertarse y encontrar a un buitre agazapado en el poste de su cama.

[Se apagan las luces.]

Segunda escena

Al amanecer.

Unas cuantas pértigas con redes y otros objetos denotan la existencia de una aldea de pescadores. Al frente del escenario a la derecha se ve la esquina de una cabaña, la ventana en una pared y la puerta en la otra.

Se escucha el sonido de un timbre de bicicleta. Segundos después entra al escenario una bicicleta que se dirige a la cabaña. El conductor es un hombre bajito; sus pies apenas tocan los pedales. En el travesaño va una mujer; el travesaño lleva una estera enrollada y en la canastilla hay un gran saco de viaje, de cuya esquina cuelga un banquito de esos que usan las mujeres en casa.

AMOPE: Para aquí, para aquí. Ésa es la casa.

[El hombre frena demasiado repentinamente. El peso se inclina del lado de la mujer, haciendo que ésta detenga la bicicleta con los pies de manera bastante brusca. En realidad no es peor que cualquier aterrizaje ordinario, pero es suficiente para hacer surgir en ella un sentimiento de agravio.]

AMOPE *[el tono de mártir le sale fácilmente, a fuerza de tanto usarlo]*: Supongo que cada quien hace las cosas lo mejor que puede, pero después de todos estos años podría esperar que me bajaras un poco más suavemente.
CHUME: No me avisaste a tiempo. Tuve que frenar de repente.
AMOPE: Cómo te quejas; alguien que no hubiese visto lo que sucedió pensaría que fuiste tú el que se rompió el tobillo. *[Ella ha empezado a cojear.]*
CHUME: No me digas que eso fue suficiente para romperte el tobillo.
AMOPE: ¿Romper? No has oído que me queje. Hiciste lo que pudiste, pero si he de romperme los pies uno por uno sólo porque debo ir como un chango en tu bicicleta, tienes que admitir que es una vida muy difícil para una mujer.
CHUME: Hice lo que...
AMOPE: Sí, hiciste lo que pudiste. Lo sé. ¿No lo he admitido ya? Por favor... dame ese banquito. Sabes perfectamente que

no soy de las que hacen gran bulla por una pequeñez como esa, pero no me he sentido bien. Si alguien lo sabe, ése eres tú. Gracias... *[Tomando el banquito.]* No me he sentido bien, eso es todo, o no hubiera dicho una palabra.

[Se sienta cerca de la puerta de la cabaña, suspirando profundamente, y empieza a masajearse el tobillo.]

CHUME: ¿Quieres que te lo vende?
AMOPE: No, no. ¿Para qué?

[Chume muestra indecisión; luego empieza a descargar el paquete.]

CHUME: ¿Estás segura de que no quieres que te lleve de regreso? Si se te hincha después de que me haya ido...
AMOPE: Puedo cuidarme sola. Siempre lo he hecho, y también he cuidado de ti. Sólo ayúdame a descargar las cosas y a colocarlas contra la pared... sabes que no te lo pediría si no fuera por el tobillo.

[Chume ha colocado el saco de viaje cerca de ella, pensando que eso sería todo. Regresa a desatar el paquete. Saca un pequeño brasero forrado de papel y atado, dos pequeñas cacerolas...]

AMOPE: ¿No has dejado que se derrame la sopa, verdad?
CHUME *[delatando cierta exasperación]*: ¿Ves aceite en el envoltorio? *[Tira el papel de la envoltura.]*
AMOPE: Maltrátame, anda, empieza a maltratarme. Sabes que lo único que hice fue preguntar si la sopa se había derramado, no te pongas como si fuera algo que nadie ha preguntado jamás. Yo lo haría todo si no fuese por mi tobillo... cualquiera diría que fue mi culpa... cuidado, ten cuidado... el corcho casi se sale de la botella. Sabes lo difícil que es conseguir agua limpia en este lugar...

[Chume descarga dos botellas llenas de agua, dos paquetitos envueltos en papel, otro atado con un nudo, una caja de cerillos, un trozo de ñame, dos latas, una que probablemente sea de Chocomilk pero que por supuesto contiene otra cosa, una cuchara co-

rriente, un cuchillo; en tanto, Amope sigue con su paciente monólogo, dicho casi con indiferencia.]

AMOPE: Te suplico, ten más cuidado con esa jarra... Sé que no querías traerme, pero no es culpa de la jarra, ¿o sí?
CHUME: ¿Quién dice que no quería traerte?
AMOPE: Dijiste que esto estaba demasiado lejos para traerme en tu bicicleta... Supongo que lo que querías es que viniera caminando...
CHUME: Yo...
AMOPE: Y después de que me has fracturado el pie, lo primero que preguntaste es si podrías llevarme a casa. Te alegraste mucho de que sucediera... en realidad, si yo no fuera el tipo de persona que nunca piensa mal de nadie —ni siquiera de ti— diría que lo hiciste a propósito.

[La descarga ha terminado. Chume sacude el saco de viaje.]

AMOPE: Deja el saco de viaje aquí. Puedo usarlo como cojín.
CHUME: ¿Algo más antes de que me vaya?
AMOPE: Has olvidado la esterilla. Sé que no es gran cosa, pero quisiera tener algo donde acostarme a dormir. Hay mujeres que duermen en cama, por supuesto, pero no me estoy quejando. Tienen suerte con sus esposos, pero supongo que no todas podemos tener suerte.
CHUME: Tienes una cama en casa. *[Desata la esterilla que está enrollada en el travesaño.]*
AMOPE: Y por eso tengo que dejar mi trabajo sin hacer. ¿Mi oficio es el de sufrir porque tengo una cama en casa? Gracias a Dios no soy de la clase de mujeres que...
CHUME: Casi se me hace tarde para el trabajo.
AMOPE: Sé que lo único que quieres es marcharte. Sólo usas tu trabajo como excusa. Jefe de Mensajeros en la Oficina Local del Gobierno, ¿llamas a eso trabajo? Tus antiguos compañeros de escuela son ahora ministros, manejan grandes automóviles...

[Chume se sube a la bicicleta y sale huyendo. Amope le grita, estirando el cuello en su dirección.]

AMOPE: No se te olvide traer más agua cuando regreses del trabajo. *[Se relaja y suspira profundamente.]* Él no se da cuenta de que es por su propio bien. No es peor que otros hombres, pero no hace ningún esfuerzo por lograr algo en la vida. Jefe de Mensajeros. ¿Voy a irme a la tumba como la esposa de un Jefe de Mensajeros?

[Ella está sentada, por lo que el Profeta no la ve de inmediato cuando abre la ventana para respirar aire puro. Mira hacia el frente por algunos momentos, entonces cierra bien los ojos, une las manos arriba del pecho, la barbilla levantada para unos momentos de meditación. Se relaja y está a punto de dejar la ventana cuando ve la espalda de Amope. Se inclina tratando de ver el resto del cuerpo pero le resulta imposible. Confundido, deja la ventana y se dirige a la puerta, que entonces se abre un poco y es cerrada rápidamente. Amope se encuentra masticando tranquilamente nueces de cola. Cuando la puerta se cierra saca una libreta y un lápiz y repasa unas cuentas.

El Hermano Jeroboam, conocido entre sus fieles como Hermano Jero, está de nuevo en la ventana, esta vez con su morral de yute y su vara de profeta. Baja el morral hasta el suelo, pasa una pierna por la ventana.]

AMOPE *[sin mirar hacia atrás]:* ¿Adónde crees que vas?

[El Hermano Jero casi se avienta dentro de la casa.]

AMOPE: Una libra, ocho chelines y nueve peniques desde hace tres meses. Y se llama a sí mismo hombre de Dios.

[Guarda la libreta, desenvuelve el brasero y se ocupa de encenderlo, haciendo los preparativos para desayunar. La puerta se abre un poco otra vez.]

JERO *[tose]:* Hermana... querida hermana en Cristo...
AMOPE: Espero que haya dormido bien, Hermano Jero...
JERO: Sí, gracias a Dios. *[Carraspea y tose.]* Yo —este...—, yo espero que no haya venido a interponerse en el camino de Cristo y su labor.

AMOPE: Si Cristo no se interpone en el camino de mi persona y mi trabajo.
JERO: Cuidado con su orgullo, hermana. Ésa fue una pecaminosa manera de hablar.
AMOPE: Escuche usted, deudor barbudo. Usted me debe una libra, ocho chelines y nueve peniques. Prometió pagarme hace tres meses, pero por supuesto ha estado demasiado ocupado realizando la labor de Dios. Bueno, déjeme decirle que no va a ir a ninguna parte hasta que haya hecho un poco de mi trabajo.
JERO: Pero el dinero no está en la casa. Debo retirarlo de la oficina de correos para poder pagarle.
AMOPE *[abanicando el brasero]*: Tendrá que pensar en otra cosa en vez de tomarme por una tonta.

[El Hermano Jeroboam cierra la puerta. Una vendedora pasa de largo con una gran bandeja de calabaza sobre la cabeza.]

AMOPE: ¡Hey! ¿Qué vendes?

[La vendedora titubea, pero prosigue su camino.]

AMOPE: A ti te estoy hablando. ¿Qué traes ahí?
VENDEDORA *[se detiene, sin volverse atrás]*: ¿Compras para revender o sólo para tu consumo?
AMOPE: Sería más fácil si me dijeras lo que tienes.
VENDEDORA: Pescado ahumado.
AMOPE: Bueno, déjame verlo.
VENDEDORA *[indecisa]*: Está bien, ayúdame a bajar esto. Pero generalmente no hago paradas en el camino.
AMOPE: Vas al mercado por dinero, ¿no? ¿Acaso no es dinero lo que te voy a dar en pago?
VENDEDORA *[mientras Amope se levanta y la ayuda a descargar]*: Bueno, sólo recuerda que es muy temprano. No hagas que empiece mal el día regateando.
AMOPE: Está bien, está bien. *[Mira el pescado.]* ¿Cuánto la docena?
VENDEDORA: Una libra y tres chelines, y no acepto ni un penique menos.

AMOPE: Es de la semana pasada ¿no es cierto?
VENDEDORA: Ya te dije, eres mi primer cliente, así que no arruines mi negocio trayendo mala suerte mañanera.
AMOPE *[llevándose el pescado a la nariz]*: Bueno, apesta un poquitín, ¿verdad?
VENDEDORA *[volviendo a tapar el pescado]*: Quizá eres tú, que no te has bañado en una semana.
AMOPE: ¡Bah! Está bien, vete. Insúltame. Anda, insúltame, cuando lo único que quería era comprar unos cuantos de tus miserables pescados. Me lo merezco por tratar de ser amistosa con una desventurada mujer bizca y pobretona como tú...
VENDEDORA: Apenas empieza la mañana. No voy a dejar que infectes mi suerte con tu sucia lengua contestándote. Y quita tus malditos dedos de mi mercancía, porque te aseguro que encontrarás al padre de todos los males si no lo haces. *[Ella sola se coloca la carga sobre la cabeza.]*
AMOPE: Sí, vete. Llévate el peso de tus crímenes y quita de mi vista tus harapos de mendiga.
VENDEDORA: Te dejo en las manos de tu vientre flatulento, pecadora estéril. Que no hagas nada bueno en toda tu vida.
AMOPE: Y ahora me maldices, ¿no? *[Se levanta justo a tiempo para ver al Hermano Jero que se escapa por la ventana.]* ¡Auxilio! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! Pillo barbudo. ¿Cómo te dices profeta? Pero verás que te resultó más fácil salir que volver a entrar. Lo verás o mi nombre no es Amope... *[Se vuelve hacia la vendedora, quien ya ha desaparecido.]* ¿Viste lo que has hecho, sapo piernas de zancudo? Vendedora de mercancía robada, espera a que la policía te pesque...

[Casi al final de este discurso se escucha el sonido de dos tambores "gangan", que proviene del lado opuesto a la cabaña. Entra un muchacho cargando un tambor en cada hombro. Camina hacia ella, tocando. Ella se vuelve casi inmediatamente.]

AMOPE: Sácate de aquí, sucio mendigo. ¿Crees que mi dinero es para gente como tú?

[El muchacho huye, se da vuelta de repente y toca en el tambor un ritmo insultante.]

AMOPE: No sé adónde va a ir a parar el mundo. Un Profeta que es un ladrón, una vendedora de pescado que es una estafadora y ahora esa cosa con piojos en la cabeza que viene a pedirme dinero. Él y el Profeta debían andar juntos, con su madre la pescadera.

[La luz se va apagando.]

Tercera escena

Poco tiempo después. La playa. Unas cuantas estacas y hojas de palma delimitan el territorio de la iglesia del Hermano Jeroboam. A un lado está una palmera y en el centro hay un montículo de arena con botellas vacías de distinto tipo, un espejo pequeño y, colgando de una de las botellas, hay un rosario y una cruz. El Hermano Jero se encuentra de pie, vestido como estaba anteriormente, cuando escapó: con una túnica blanca flotante y una capa muy fina de terciopelo, también blanca. Permanece erguido, con la vara profética en una mano, mientras con la otra acaricia la capa de terciopelo.

JERO: No sé cómo pudo esa mujer encontrar mi casa. Cuando le compré las cosas ni siquiera hizo preguntas. Mi oficio fue suficiente para garantizar el pago. No porque éste sea un trabajo bien pagado. Tampoco puede decirse que sea un lujo esta capa que le compré. No sería necesaria si uno no se viera obligado a distinguirse cada vez más de esta escoria que degrada el oficio de Profeta. Se vuelve imperioso sobresalir, ser distinto. Estoy resuelto a encontrarme un nombre especial. Verán mi capa de terciopelo y la asociarán con mi bondad. Inevitablemente empezarán a llamarme... Jeroboam el del corazón de terciopelo. *[Se yergue.]* Jero el inmaculado, Jero el que se une a la cruzada de Cristo... Bueno, ya está. No se lo he comunicado a nadie, pero ésa ha sido siempre mi ambición. Hay que tener un nombre que despierte la imaginación —puesto que la imaginación es algo espiritual—, es necesario que se apodere de la imaginación de la multitud. Sí, hay que moverse con los tiempos modernos. La falta de color no lo

lleva a uno a ninguna parte, ni siquiera en el negocio de Profeta. *[Mira a su alrededor.]* ¡Charlatanes! Si tuviera esta playa para mí solo. *[Con repentina violencia.]* Pero ¿cómo mantener la dignidad si la hija de Eva lo obliga a uno a salir de su propia casa por la ventana? ¡Dios maldiga a esa mujer! Jamás pensé que se atrevería a ultrajar la presencia de un hombre de Dios. Una libra, ocho chelines por esta capita. Es un robo descarado.

[Revisa de nuevo la escena. Pasa una joven, adormilada, vestida tan sólo con una túnica.]

JERO: Pasa por aquí cada mañana, va camino a bañarse en el mar. Criatura mugrosa. *[Bosteza.]* Me alegra haber llegado antes que los clientes... quiero decir, fieles, bueno, clientes si lo prefieren. Cada mañana tengo la sensación de que soy un tendero en espera de sus clientes. Los regulares llegan a horas precisas. Personas extrañas e insatisfechas. Sé que se sienten insatisfechas porque yo las mantengo insatisfechas. En cuanto se sienten complacidas ya no regresan. Como mi buen aprendiz, el Hermano Chume. Él quiere pegarle a su mujer, pero no se lo permitiré. Si lo hiciera, se quedaría satisfecho, y entonces resultaría que uno más de mi rebaño se habría ido para siempre. Mientras no le pegue vendrá aquí sintiéndose desamparado, y no habrá oportunidad de que se rebele en contra mía. En realidad, todo está planeado.

[La joven cruza el escenario de nuevo. Acaba de bañarse en el mar y la diferencia es notable. Limpia, mojada, con la cara y el pelo brillantes. No deja de secarse con su túnica mientras camina.]

JERO *[siguiéndola con los ojos durante todo el trayecto]*: Cada mañana, cada día, presencio esta divina transformación, oh Señor. *[De repente sacude la cabeza y grita.]* ¡Reza, Hermano Jeroboam, reza! Reza para resistir la tentación.

[Cae de rodillas, la cara descompuesta por la agonía y las manos entrelazadas. Chume entra, haciendo rodar su bicicleta. La apoya en la palmera.]

JERO *[sin abrir los ojos]*: Reza conmigo, hermano. Reza conmigo. Reza por mí para que venza esta debilidad... contra esta única debilidad, oh Dios...
CHUME *[arrodillándose de inmediato]*: Ayúdalo, Señor. Ayúdalo, Señor.
JERO: Contra esta única debilidad, esta debilidad. Oh Abraham...
CHUME: Ayúdalo, Señor. Ayúdalo, Señor.
JERO: Contra esta única debilidad. David, David, Samuel, Samuel.
CHUME: Ayúdalo. Ayúdalo. Ayúdl. Ayúdl.
JERO: Job, Job. Elias, Elías.
CHUME *[cada vez más excitado]*: Dios ayúdl. Dios ayúdl. Digo haz que ayúdl. Ayúdl rápido rápido.
JERO: Aparta esa imagen de mi corazón. Aparta este amor por las Hijas de Eva.
CHUME: Adán, ayúdl. 'Ste tu hijo, ayúdl. Ayuda a este tu hijo.
JERO: Consume esta lujuria por las Hijas de Eva.
CHUME: Jesuuús, Jesuuús, Jesuuús. Ayúdl una vez Jesuuús.
JERO: Abraka, Abraka, Abraka.

[Chume dice con él:]

Abraka, Abraka, Hebra, Hebra, Hebra, Hebra, Hebra, Hebra, Hebra, Hebra...
JERO *[levantándose]:* Dios te bendiga, hermano. *[Se vuelve.]* ¡Chume!
CHUME: Buenos días, Hermano Jeroboam.
JERO: Chume, no estás en tu trabajo. Nunca antes habías venido por la mañana.
CHUME: No, sí fui al trabajo, pero tuve que reportarme enfermo.
JERO: ¿Por qué? ¿te sientes mal, hermano?
CHUME: No. Hermano Jero... yo...
JERO: Ajá, tienes problemas y no pudiste esperar a exponérselos a Dios. Rezaremos juntos.
CHUME: Hermano Jero... yo... yo... *[Se calla por completo.]*
JERO: ¿Es difícil? Entonces comuniquémonos en silencio por un momento.

[Chume cruza los brazos y eleva los ojos al cielo.]

JERO: Me pregunto qué le pasa. En realidad yo sabía que era él desde que abrió la boca. Sólo el Hermano Chume regresa a un balbuceo animal cuando cae en esa excitación espiritual. Y sucede demasiado a menudo para mi gusto. Es demasiado primitivo, pero eso es una ventaja para mí. Significa que nunca pensará en colocarse como mi igual.

[Se une a Chume en su actitud de meditación, pero casi inmediatamente la abandona, como si acabara de recordar algo.]

¡Cristo mi Protector! Qué buena faena el haber huido de esa maldita mujer tan rápido como lo hice. Mi discípulo cree que duermo en la playa, es decir, si cree que alguna vez duermo. La mayoría cree lo mismo, pero, en lo que a mí concierne, yo prefiero mi cama. Es mucho más cómoda. Además, en las noches hace mucho frío en la playa. Sin embargo, es bueno que crean que soy una especie de asceta... *[Retoma su pose meditativa por breves instantes. Amablemente.]* Abre tu mente a Dios, hermano. Éste es el tabernáculo de Cristo. Abre tu mente a Dios.

[Chume permanece callado por un tiempo, después prorrumpe de repente.]

CHUME: ¡Hermano Jero, debe permitirme que le pegue!
JERO: ¡Qué!
CHUME *[desesperadamente]*: Sólo una vez, Profeta. Sólo una vez.
JERO: ¡Hermano Chume!
CHUME: Sólo una vez. Sólo una buena golpiza y prometo no volver a pedirlo.
JERO: Apóstata. ¿No te he dicho cuál es la voluntad de Dios en este asunto?
CHUME: Pero tengo que pegarle, Profeta. Debe salvarme de la locura.
JERO: Y lo haré. Pero sólo si me obedeces.
CHUME: En lo que sea, Profeta. Pero en esto, deb' dejarme pegarl' sólo 'sta vez.

JERO: ¡Apóstata!
CHUME: No pegarl' mu' fuerte. Sól'una pequeña pequeña.
JERO: ¡Traidor!
CHUME: Sól'sta vez. No pedir de nuevo. Sól'hacer este favor, dejarme pegarl'hoy.
JERO: Hermano Chume, ¿dónde estabas antes de venir conmigo?
CHUME: Profeta...
JERO *[severamente]*: ¿Qué eras ante la gracia de Dios?
CHUME: Un jornalero, Profeta, un simple jornalero.
JERO: ¿Y no te profeticé que te convertirías en un mandadero?
CHUME: Usted así fue, hermano. Así's.
JERO: ¿Y después un mensajero?
CHUME: Así usted fue, hermano. Así's.
JERO: ¿Y después un rápido ascenso? ¿No lo profeticé?
CHUME: 'S verdá, profeta. 'S verdá.
JERO: ¿Y qué eres ahora? ¿Qué eres?
CHUME: Jefe de mensajeros.
JERO: ¡Por la gracia de Dios! Y por la gracia de Dios ¿no te he visto en la mesa del Oficial Mayor? ¿Y a ti detrás del escritorio, dando órdenes?
CHUME: Sí, Profeta... pero...
JERO: ¿Con un teléfono y una campanilla para llamar al mensajero?
CHUME: Muy cierto, Profeta, pero...
JERO: ¿Pero? ¿Pero? ¡Arrodíllate! *[señalando el suelo]* ¡Arrodíllate!
CHUME *[retorciéndose las manos]*: ¡Profeta!
JERO: Arrodíllate, pecador, arrodíllate. Endurecedor del corazón, albergador de Ashtoreth, protector de Baal, arrodíllate, arrodíllate.

[Chume cae de rodillas.]

CHUME: Mi vida es un infierno...
JERO: Perdónalo, Señor, perdónalo.
CHUME: Justo esta mañana, yo...
JERO: Perdónalo, Señor, perdónalo.
CHUME: Todo el camino en mi bicicleta...

JERO: Perdónalo...
CHUME: Y ni una palabra de agradecimiento...
JERO: Fuera Ashtoreth. Fuera Baal...
CHUME: Lo único que ella me dio fue insulto, insulto, tras insulto...
JERO: Endurecedor de corazón...
CHUME: Puros insultos...
JERO: Petrificador del alma...
CHUME: Si sólo pudiera pegarle una vez, sólo una vez...
JERO *[callándolo]*: Perdona a este pecador, Padre. Perdónalo de día, perdónalo de noche, perdónalo por la mañana, perdónalo por la tarde...

[Entra un hombre. Se arrodilla inmediatamente y empieza a corear "Amén" o "Perdónalo, Señor" o "En nombre de Jesús" (pronunciando Jesuuús). Los que llegan después hacen lo mismo:]

...Éste es el hijo al que tú señalaste para que siguiera mis huellas. Ablanda su corazón. Hermano Chume, esta mujer a la que tanto deseas golpear es tu cruz —sopórtala como debe ser. Es una prueba que te envía el cielo —no pongas tus manos sobre ella. Te ordeno que no le dirijas palabras duras. Reza, Hermano Chume, reza para ser fuerte en esta hora de prueba. Pide fortaleza y defensas.

[Jeroboam los deja que continúen su coro, Chume canta "Piedad, piedad", mientras él comenta:]

Ya empiezan a llegar. Como de costumbre, en el mismo orden. A este que siempre llega en primer lugar le he profetizado que será nombrado jefe en su pueblo. Es una profecía sin riesgos. Es tan segura como nuestra profecía más popular: que un hombre vivirá hasta los ochenta. Si no se hace realidad *[entra una pareja de ancianos, que se une al coro como los demás]*, el hombre no se da cuenta hasta que está del otro lado. Así todo el mundo es muy feliz. Uno de mis más fieles adherentes —desafortunadamente sólo puede estar aquí los fines de semana— cree a pie juntillas que va a ser el Primer Ministro del Nuevo Estado del Medio-Norte-Este... cuando sea funda-

do. Fue una profecía arriesgada de mi parte, pero en esa época estaba muy necesitado de fieles. *[Consulta su reloj.]* La que llegará después es mi más fiel penitente. Desea tener hijos, por lo que es un caso muy triste. O así les parecerá a ustedes. Pero aun en medio de sus más humillantes convulsiones, se las arregla para estar al tanto de todo lo que sucede a su alrededor. Por cierto, será mejor que vuelva al servicio. Siempre es ella la que me dice que mi mente no está en el servicio... *[Cambiando de actitud]* Levántate, Hermano Chume. Levántate y deja que el Señor entre en ti. Aprendiz del Señor, ¿no eres tú aquel sobre cuyos hombros habrá de descender mi manto?

[Una mujer (la penitente) entra y se arrodilla de inmediato en actitud de orar.]

CHUME: Así es, Hermano Jero.
JERO: Entonces, ¿por qué endureces tu corazón? El Señor dice que no debes golpear a la buena mujer que él ha escogido para que sea tu esposa, para que sea tu cruz en tu periodo de prueba. ¿Lo desobedecerás?
CHUME: No, Hermano Jero.
JERO: Loado sea Dios.
CONGREGACIÓN: Loado sea Dios.
JERO: Alelu...
CONGREGACIÓN: Aleluya.

[Palmeando cantan "Seguiré a Jesús", balancéandose y después bailando a medida que entran en calor. El Hermano Jero, en cuanto empieza el canto, da dos botellas vacías a Chume, quien va a llenarlas de agua de mar. Chume acaba de irse cuando el tamborilero entra por la parte trasera del escenario, corriendo. Casi lo vence el peso de los dos tambores "gangan" y dirige miradas temerosas hacia atrás, mortalmente aterrorizado de algo que le está dando caza. Ese algo resulta ser una mujer, que viene a unos cuatro metros de distancia, con una banda enrollada a la cintura y la túnica tan levantada que se le ven los muslos hasta la mitad. Lleva las mangas totalmente arremangadas y corre a zancadas detrás del tamborilero, de una manera que no deja lugar a dudas. Jeroboam, que ha visto las piernas descubiertas de

la mujer con una concentración inquietante, vuelve de repente en sí, y se arrodilla abruptamente, murmurando.

De nuevo aparece el tamborilero, cruzando el escenario en una dirección diferente, todavía corriendo. La mujer lo sigue, a la misma distancia, al mismo paso. Jeroboam pregunta al muchacho:]

JERO: ¿Qué le hiciste?
TAMBORILERO *[sin detenerse]*: Nada. Yo sólo estaba tocando y entonces ella dijo que con mi tambor estaba insultando a su padre.
JERO *[cuando la mujer aparece]*: ¡Mujer!

[Ella pasa de largo. Chume entra con las botellas llenas.]

JERO *[meneando la cabeza]*: La conozco muy bien. Es mi vecina. Pero no me hizo caso...

[Jeroboam se prepara para bendecir el agua cuando aparece de nuevo la procesión: el tamborilero primero y después la mujer.]

JERO: Ven aquí. Ella no se atreverá a tocarte.
TAMBORILERO *[acelerando el paso]*: No la conoces...

[La mujer aparece.]

JERO: Vecina, vecina. Mi querida hermana en Moisés...

[Ella prosigue su cacería fuera del escenario. Jero titubea; después le da su vara a Chume y va tras ellos.]

CHUME *[recordando de pronto]*: No ha bendecido el agua, Hermano Jeroboam.

[Jero ya no puede oírlo. Es obvio que Chume está azorado ante la nueva responsabilidad. Juega nerviosamente con la vara y acaba por usarla para dirigir el canto, que ha continuado todo ese tiempo, decayendo cuando los dos adversarios aparecen en escena y reviviendo cuando se han ido.

Chume apenas ha empezado a dirigir su banda cuando una *mujer se aparta del grupo, en el esperado paroxismo del penitente.]*

MUJER PENITENTE: Eja, eja, eja, eja, eja... eei, eei, eei, eei.
CHUME *[descontrolado]*: ¿Ngh? ¿Qué pasa?
PENITENTE: Efie, efie, efie, eng, eng, eng, eng...
CHUME *[precipitadamente]*: Hermano Jeroboam, Hermano Jeroboam...

[Chume grita en todas direcciones, volviéndose cada vez más confundido y tratando de auxiliar a la penitente. Como Jeroboam no regresa, con mucha incertidumbre empieza a rociar un poco de agua sobre la penitente y traza una cruz sobre su frente. Tiene que hacerlo con gran rapidez, en el breve instante en que la penitente levanta la cabeza antes de golpearla contra el suelo.]

CHUME *[tartamudeando]*: Padre... perdónala.
CONGREGACIÓN *[muy decididamente]:* Amén.

[Lo inesperado de la respuesta por poco hace caer a Chume, pero también sirve para sostenerlo, al sentir tal apoyo.]

CHUME: Padre, perdónala.
CONGREGACIÓN: Amén.

[La penitente sigue quejándose.]

CHUME: Padre perdónala.
CONGR.: Amén.
CHUME: Padre perdónl.
CONGR.: Amén.
CHUME *[animándose en su tarea]*: Concédl tu perdón, Padre.
CONGR.: Amén.

[No tardan en acelerar el ritmo. Chume se va dejando llevar.]

CHUME: Digo concédl t'perdón.
CONGR.: Amén.
CHUME: Perdónl un' vez.

CONGR.: Amén.
CHUME: Perdónl rápido rápido.
CONGR.: Amén.
CHUME: Perdónl, Padre.
CONGR.: Amén.
CHUME: Perdónanos a to'os.
CONGR.: Amén.
CHUME: Perdónan' a to'os.

[Después, alternando regularmente con el Amén...]

Sí, Padre, concédenos tu perdón a todos. Sálvanos de la adulación. Sálvanos de los problemas en casa. Ordena a nuestras mujeres que no nos den problemas...

[La penitente se ha aquietado. Se encuentra tendida en el suelo.]

...Ordena a nuestras esposas no dar problemas. Danos dinero para tener un hogar feliz. Danos dinero para satisfacer nuestras necesidades cotidianas. No olvides a quienes luchan todos los días. Los que sean empleados hoy, hazlos Oficiales Mayores mañana. Los que hoy sean mensajeros, hazlos directores mañana. Sí, Padre, los que hoy sean mensajeros, hazlos directores mañana.

[Los Amén se hacen cada vez más extáticos.]

Los que hoy son pequeños comerciantes, que sean grandes contratistas mañana. A los que hoy barren, dales su propia oficina mañana. Si hoy camin', dales propia bicicleta mañana. Digo, los qu'hoy camin', dales su prop' bicicleta mañana. Los qu'hoy tien' bicicleta, conducirán su propio automóvil mañana.

[El entusiasmo de la respuesta se ha vuelto ya abrumador.]

Digo, los que hoy empujan biciclet', dales un gran coche mañana. Dales gran carro mañana. Dales gran coche mañana. Dales gran carro mañana.

[La mujer furibunda reaparece de nuevo, corriendo a zancadas como antes, pero ahora se ha apoderado de los tambores. Unos metros atrás el tamborilero va trotando dificultosamente y suplica.]

TAMBORILERO: Te suplico, dame mis tambores. En nombre de Dios te suplico, yo no estaba insultando a tu padre. Por amor de Dios te suplico... no estaba insultando a tu padre. Sólo estaba tocando los tambores... Juro por Dios que sólo tocaba...

[Pasan de largo.]

PENITENTE *[que ha revivido bastante desde la parte final de las oraciones, señalando...]*: ¡Hermano Jeroboam!

[El Hermano Jero acaba de aparecer. Todos se apresuran a ayudarlo a que regrese al círculo. Está muy alterado, sus ropas rotas y la cara sangrando.]

JERO *[despacio y adolorido]*: Gracias, hermanos, hermanas. Hermano Chume, por favor, diles a estos amigos que me dejen. Debo rezar por el alma de esa mujer pecadora. Debo decir una oración personal por ella.

[Chume los retira. Se van a regañadientes, parloteando excitadamente.]

JERO: Las oraciones vespertinas se dirán como siempre. Al caer la tarde.
CHUME *[gritándoles]*: Las oraciones, al final de la tarde como siempre. El Hermano Jeroboam dice que Dios los guarde hasta entonces. ¿Está usted bien, Hermano Jero?
JERO: ¡Quién hubiera pensado que se atrevería a levantar la mano en contra de un profeta de Dios!
CHUME: Las mujeres son una plaga, hermano.
JERO: Tuve una premonición esta mañana de que las mujeres serían hoy mi perdición. Pero pensé que sólo sería en el sentido espiritual.
CHUME: Ahora sabe cómo es la cosa, Hermano Jero.

JERO: Desde el momento en que me asomé por la ventana esta mañana he sido atormentado de una manera o de otra por las Hijas de la Discordia.
CHUME *[ansiosamente]*: Lo mismo me ocurre a mí, Hermano. Todos los días. Cada mañana y cada noche. Precisamente esta mañana me obligó a llevarla a la casa de algún pobre hombre, que según ella le debe dinero. Cargó lo suficiente sobre mi bicicleta como para mantenerlo sitiado por una semana, y el único agradecimiento que obtuve fue que me insultara.
JERO: En verdad que debe de ser una prueba, Hermano Chume... y requiere de gran... *[Lo asalta de repente la sospecha.]* Hermano Chume, ¿dijiste que tu esposa fue precisamente esta mañana a acampar frente a la casa de... de alguien que le debe dinero?
CHUME: Sí, la llevé yo mismo.
JERO: Este..., así es, así es. *[Tose.]* ¿Tu esposa... es comerciante?
CHUME: Sí, comercio en pequeño, usted sabe. Lana, seda, telas y ese tipo de cosas.
JERO: Conque sí. Una mujer muy emprendedora. *[Carraspea.]* Este..., ¿dónde estaba la casa de ese hombre... digo, ese hombre que le debe dinero?
CHUME: No muy lejos de aquí. En el barrio de Ajete, casi a un kilómetro de aquí. Ni siquiera sabía que existiera ese lugar hasta hoy.
JERO *[para sí mismo]*: Conque ésa es tu esposa...
CHUME: ¿Dijo algo, Profeta?
JERO: No, no. Sólo estaba pensando cuánto han cambiado las mujercitas desde Eva, desde Dalila, desde Jezabel. Pero debemos tener un corazón fuerte. Yo también tengo mi propia cruz, Hermano Chume. Sólo esta mañana he estado tres veces en conflicto con las Hijas de la Discordia. Primero fue... No; olvídalo. Hay otra que se cruza en mi camino todos los días. Va a nadar y luego espera que esté a la mitad de mi meditación para contonear las caderas mientras camina por aquí, desplegando su desnudez casi total ante mis ojos...
CHUME *[para sí mismo, con gran sentimiento]*: Con gusto cambiaría cruces con usted.
JERO: ¿Qué, Hermano Chume?
CHUME: Sólo estaba rezando.

JERO: ¡Ah! Es la única manera. Pero, este... Me pregunto cuál será realmente la voluntad de Dios en este asunto. Después de todo, el mismo Cristo no estaba en contra de usar el látigo cuando la ocasión lo requería.
CHUME *[ansiosamente]*: No, no dudaba.
JERO: En este caso, Hermano Chume, puesto que tu esposa parece ser una pecadora malvada y por propia voluntad, creo...
CHUME: ¿Sí, Hombre Santo...?
JERO: Debes llevarla a casa esta noche...
CHUME: Sí...
JERO: Y pegarle.
CHUME *[arrodillándose, toma la mano de Jero en la suya]*: ¡Profeta!
JERO: Recuerda, debes hacerlo en tu casa. Nunca muestres al mundo la discordia que hay en tu familia. Llévala a casa y pégale.

[Chume se levanta de un brinco y toma su bicicleta.]

JERO: Y, Hermano Chume...
CHUME: Sí, Profeta...
JERO: El Hijo de Dios se me apareció nuevamente esta mañana, vestido exactamente como estaba cuando te nombró mi sucesor. Colocó su espada flamígera sobre mi hombro y me nombró su caballero. Me concedió un nuevo nombre..., pero no debes decírselo a nadie... todavía.
CHUME: Lo juro, Hermano Jero.
JERO *[mirando al espacio]*: Me llamó Jero el inmaculado, Jero el que se une a la cruzada de Cristo. *[Hace una pausa y luego, despidiéndolo con majestad:]* Puedes retirarte, Hermano Chume.
CHUME: Dios te guarde, Hermano Jero... el inmaculado.
JERO: Dios te guarde, hermano. *[Acaricia tristemente su capa de terciopelo.]*

[Las luces disminuyen.]

Cuarta escena

Como en la Segunda Escena, es decir, frente a la casa del Profeta. Más tarde el mismo día. Chume está limpiando de su plato hasta los últimos restos de ñame. Amope lo observa.

AMOPE: No dirás que no me esfuerzo. Obligada a salir de la casa por mis deudores, aún me las arreglo para hacerte la comida.
CHUME *[chupándose los dedos, deja su plato]:* Y fue una buena comida.
AMOPE: Hago lo que me corresponde, como siempre lo he hecho. Cociné tu comida. Pero cuando te pido que me traigas un poco de agua limpia, se te olvida.
CHUME: No se me olvidó.
AMOPE: Insistes en decirlo. Entonces, ¿dónde está? O quizá es que las botellas se cayeron de tu bicicleta en el camino y se rompieron.
CHUME: Ésa es una mentira pueril, Amope. Estás hablando con un hombre.
AMOPE: Pues vaya, hombre, si no puedes recordar algo tan simple como una botella de agua limpia.
CHUME: Lo recordé. Únicamente que no la traje. Y eso es todo. Ahora empaca tus cosas porque nos vamos a casa.

[Amope se le queda mirando con incredulidad]

CHUME: Empaca tus cosas; ya oíste lo que dije.
AMOPE *[escudriñando]:* Sabía que era demasiado temprano para que estuvieras de regreso. No has ido para nada al trabajo. Has estado bebiendo todo el día.
CHUME: Puedes pensar lo que te plazca. Sabes que jamás bebo.
AMOPE: No tienes que decirlo como si fuera una virtud. No bebes sólo porque no tienes con qué pagar. Ésa es la única razón.
CHUME: Apresúrate. Tengo cierto trabajo que hacer al llegar a casa y no quiero que me retrases.
AMOPE: Vete pues. Yo no me moveré de aquí hasta que no me den mi dinero.

[Chume se levanta apresuradamente, empieza a aventar las cosas de ella en el saco. Entra el Hermano Jero, se esconde y los observa.]

AMOPE *[con calma]*: Espero que traigas cuerdas para amarrarme a la bicicleta, porque no voy a abandonar este lugar a menos que me lleven a la fuerza. Una libra, ocho chelines no es un juego de niños. Y es mi dinero, no el tuyo.

[Chume ha terminado de empacar y luego ata el saco de viaje en la canastilla.]

AMOPE: El salario de un mensajero no es gran cosa..., por si te has olvidado de que no te pagan el sueldo de un ministro. Así que mejor lo piensas dos veces si crees que voy a dejar que mi dinero, tan duramente ganado, se quede en manos de ese bueno para nada. Dime nada más, justo esta mañana mientras estaba aquí sentada vino un Inspector de Sanidad; miró de cabo a rabo y luego hizo unas anotaciones en su libreta. Entonces dijo: supongo, mujer, que se da usted cuenta de que ya se ha decretado que en este lugar se lleve a cabo la demolición de esas casuchas. Me lo dijo a mí, como si yo viviera en este sitio. Pero quédate sentado y permite que tu esposa se vea expuesta a tales insultos. Además, el Inspector de Sanidad tenía una motocicleta, que es mejor que una bicicleta.
CHUME: Más vale que estés lista pronto.
AMOPE: Como quiera que lo veas, el trabajo del Inspector de Sanidad es mejor. Puedes lograr en alguna forma algo para ti mismo. Todos lo logran. Un poco aquí y un poco allá, llámalo soborno si gustas; pero mira *adónde* has llegado tú, aunque no bebes ni fumas ni aceptas sobornos. Él tiene una motocicleta...; al fin y al cabo, ¿quién querría ofrecer nueces de cola a un Jefe de Mensajeros?
CHUME: ¡Cierra la bocota!
AMOPE *[estupefacta]*: ¿Qué dijiste?
CHUME: Dije que cerraras la bocota.
AMOPE: ¿A mí?
CHUME: Cierra la bocota antes de que yo te la cierre. *[Ata la esterilla alrededor del travesaño.]* Y más vale que te fijes en lo

que haces de ahora en adelante. Mi periodo de abstinencia se ha terminado. El Profeta me ha quitado la cruz que llevaba sobre los hombros.
AMOPE *[verdaderamente angustiada]:* Está loco.
CHUME *[atando con rencor la esterilla]:* Mi periodo de prueba se acabó *[prácticamente estrangulando la esterilla].* Si tan sólo abrieras la boca ahora... *[le da otra vuelta a la cuerda].*
AMOPE: Dios me ayude. Se ha vuelto loco.
CHUME *[imperiosamente]:* Súbete a la bicicleta.
AMOPE *[retrocediendo]*: No me voy contigo.
CHUME: ¡Dije que te subieras a la bicicleta!
AMOPE: Contigo no. Encontraré la forma de irme a casa.

[Chume va hacia ella. Amope grita pidiendo ayuda. El Hermano Jero se santigua. Chume la toma del brazo pero ella huye, corre hacia un costado de la casa y golpea la puerta.]

AMOPE: ¡Auxilio! Abran la puerta en nombre de Dios. Déjenme entrar. Déjenme entrar...

[El Hermano Jero gesticula.]

¿No hay nadie? ¡Déjenme entrar, por el amor de Dios! Déjenme entrar o Dios los castigará.
JERO *[tapándose los oídos con los dedos]*: ¡Blasfemia!
AMOPE: ¡Profeta! ¿Dónde está el Profeta?

[Chume la levanta en vilo.]

AMOPE: ¡Bájame! ¡policía, policía!
CHUME *[bajándola]:* Si vuelves a gritar una vez más, yo... *[levanta el puño].*

[El Hermano Jero hace aspavientos simulando terror, se cubre los ojos con las manos y se va.]

AMOPE: ¡Ajá! Estás loco, estás loco.
CHUME: Sube a la bicicleta.
AMOPE: ¡Mátame! ¡Mátame!

CHUME: ¡Mujer, no me tientes!
AMOPE: No me subiré a esa cosa a menos que me mates primero.
CHUME: ¡Mujer!

[Llegan dos o tres vecinos, pero se mantienen a respetuosa distancia.]

AMOPE: Mátame. Tendrás que matarme. Todo el mundo está aquí y será testigo. Va a matarme, así es que vengan y atestigüen. Perdono a todos los que me hayan hecho daño alguna vez. Perdono a todos mis deudores, especialmente al Profeta, quien me metió en todo este lío. Profeta Jeroboam, espero que rezarás por mi alma en el cielo.
CHUME: Tú no tienes alma, mujer malvada.
AMOPE: Hermano Jeroboam, maldice a este hombre por mí. Puedes quedarte con la capa de terciopelo si maldices a este tonto. Te perdono la deuda. Anda, tonto, mátame. Si no me matas no tendrás una vida satisfactoria.
CHUME *[repentinamente]:* ¡Cállate!
AMOPE *[enardeciéndose a medida que va llegando más gente]:* Todos ustedes sean testigos. Díganle al Profeta que le perdono su deuda, pero que debe maldecir a este tonto y mandarlo al infierno. Anda, mátame.
CHUME *[que se ha apartado, la frente fruncida por la confusión]:* ¡Mujer! ¿no puedes callarte?
AMOPE: No, debes matarme...

[La muchedumbre murmura todo el tiempo, temerosa como siempre ante la perspectiva de interferir en un pleito entre esposos, pero lanza con tibieza frases de preocupación: "¿Qué sucede, eh?" "Ustedes dos, esténse quietos". "¿Quiénes son?", "¿Dónde está el Hermano Jero?", "¿No creen que hay que llamar al Profeta?", "¡Las mujeres son tan argüenderas!", "Que alguien llame al Hermano Jero".]

CHUME *[levantando la cabeza de Amope. En la tradición femenina del "Mátame", ella ha cerrado los ojos y continúa golpeando con los puños el umbral del Profeta]:* Cállate y escucha. ¿Te oí nombrar al Profeta Jeroboam?

AMOPE: Véanlo ahora. Sean testigos. Me va a matar...
CHUME: No te estoy tocando, pero lo haré si no contestas mi pregunta.
AMOPE: Mátame... mátame...
CHUME: Mujer, ¿dijiste que era el Profeta quien te debía dinero?
AMOPE: Mátame...
CHUME: ¿Es ésta su casa? *[Sacude la cabeza.]* ¿Vive aquí?
AMOPE: Mátame... mátame...
CHUME *[empujándola con asco y encarando a la muchedumbre que se retira instintivamente]:* ¿Es el Hermano Jeroboam...?
EL MÁS PRÓXIMO *[apresuradamente]:* No, no. Yo no soy el Hermano Jero. Yo no.
CHUME: ¿Quién dijo que sí eras? ¿Aquí vive el Profeta?
EL MISMO HOMBRE: Sí. Ahí. En esa casa.
CHUME *[se vuelve y queda como petrificado. Observa la casa durante bastante tiempo]*: Así que... así que... así que...

[La muchedumbre está perpleja ante su cambio de actitud. Hasta Amope lo ve con asombro. Chume camina hacia su bicicleta, murmurando para sí.]

Así que... así que... de repente decide que puedo pegarle a mi mujer, ¿eh? Porque le convenía. Sólo por conveniencia.

[Quita el bulto de la canastilla, tirándolo descuidadamente. También desata la esterilla.]

MIRÓN: Y ahora ¿qué irá a hacer?
CHUME *[montando en su bicicleta]*: Tú quédate aquí y no te muevas. Si no te encuentro aquí cuando vuelva...

[Se marcha. Todos se le quedan mirando, azorados.]

AMOPE: Está totalmente loco. Nunca lo he visto comportarse de tal manera.
MIRÓN: ¿Estás segura?
AMOPE: ¿Que si estoy segura? Soy su esposa, así que lo sé, ¿o no?

MIRONA: Entonces debería dejar que el Profeta lo ayudara. Yo tenía un hermano al que le daban ataques y le salía espuma por la boca cada dos semanas. Pero el Profeta lo curó. Le sacó a los demonios del cuerpo, sí que se los sacó.
AMOPE: Éste no puede hacer nada. Es un deudor y eso es lo único que sabe hacer: escabullirse de sus acreedores. *[Se prepara a desempacar el bulto.]*

Quinta escena

La playa. Al oscurecer.

Un hombre con una elaborada vestimenta "agbada", de larga cola y capucha, está erguido de pie, al frente del escenario, con un montón de hojas en la mano. Es obvio que está diciendo un discurso, pero no se le escucha. No cabe duda de que se trata de un discurso enardecedor.

El Profeta Jeroboam está en pie, tan enhiesto como siempre, observándolo con altiva compasión.

JERO: Podría enseñarle uno o dos trucos sobre la forma de hacer un discurso. Es un miembro del Congreso, en uno de los últimos escaños, pero con el ojo puesto en un cargo ministerial. Viene aquí todos los días a ensayar sus discursos. Pero nunca los pronuncia. Tiene demasiado miedo. *[Pausa. El Profeta sigue estudiando al congresista.]* Pobre diablo. *[Ríe entre dientes y mira en otra dirección.]* Oh, oh, casi me había olvidado del Hermano Chume. En este momento ya debe de haber golpeado a su mujer hasta dejarla sin sentido. ¡Qué pena! Esto significa que lo he perdido. Ya está satisfecho y no me necesita más. Claro que todavía le falta convertirse en director. Pero he perdido a la persona que más dependía de mí... No importa, el precio fue bueno por deshacerme de mi acreedora... *[Se ocupa de nuevo del congresista.]* Ahora éste... ya es un miembro de mi rebaño. Él no lo sabe, por supuesto, pero es uno de mis seguidores. Todo lo que tengo que hacer es proclamarlo. Llamarlo y decirle: mi querido congresista, su lugar lo espera... ¿Acaso lo dudan? Observen cómo lo trabajo. *[Eleva la voz.]* ¡Mi querido hermano en Jesús!

[El congresista se detiene, mira en torno suyo, reanuda su discurso.]

Querido hermano, ¿no lo conozco?

[El congresista se detiene, vuelve a mirar en torno suyo.]

Sí, usted. En el nombre de Dios, ¿no lo conozco?

[El congresista se acerca lentamente.]

Por supuesto. Es usted. Y vino tal como estaba predicho. ¿Acaso no se acuerda de mí?

[El congresista lo mira con desdén.]

Entonces usted no puede pertenecer al Señor. En otro mundo, en otro cuerpo, nos conocimos, y mi mensaje era para usted...

[El congresista le da la espalda con impaciencia.]

CONGRESISTA *[muy pomposamente]*: Vaya y practique sus fraudulencias con otra persona más crédula.
JERO *[amablemente, sonriendo]:* Realmente, el asunto es muy simple. Usted no pertenece al Señor. Y sin embargo, son tan misteriosos los caminos del Señor, que su favor lo ha iluminado... Ministro... Ministro por la gracia de Dios...

[El congresista se queda petrificado.]

Sí, hermano, nos conocemos. Yo vi este país sumergido en la guerra. Vi los preparativos de los hombres, reunidos en nombre de la paz mediante la fortaleza. Y en un escritorio, en un gran cuarto dorado, los grandes hombres de esta tierra esperaban su decisión. Los emisarios de naciones extranjeras estaban pendientes de su palabra y en la puerta que conduce a su oficina leí las palabras: Ministro de la Guerra...

[El congresista se da vuelta lentamente]

...Es un puesto de poder. Pero ¿pertenece usted al Señor? ¿En realidad es usted merecedor? He mirado dentro de su alma, como el Señor me ordenó hacer; pero ¿debo rogar al Señor que quite ese manto de sus hombros y lo coloque en los de algún hombre que tenga mayor temor de Dios?

[El congresista se adelanta inconscientemente. El Profeta hace un gesto ordenándole que permanezca donde está. Lentamente...]

Sí..., me parece que veo a Satanás en sus ojos. Lo veo parapetado en sus ojos...

[El congresista se llena de miedo, levanta los brazos en una especie de súplica.]

El Ministerio de la Guerra sería la posición más poderosa de esta tierra. El Señor sabe lo que es más conveniente, pero ha concedido poder a sus lugartenientes en la tierra para que intercedan cuando sea necesario. Podemos llegar a Él por medio del ayuno y la oración..., podemos hacer recomendaciones... Hermano, ¿pertenece usted al Señor o a la fila de sus enemigos...?

[La voz de Jeroboam se desvanece y la luz que hay sobre él también disminuye a medida que otra voz —la de Chume— se escucha antes que esté a la vista. Chume entra por la izquierda, al frente del escenario, agitado y hablando consigo mismo.]

CHUME: ¿Para qué... por qué, por qué, por qué lo hiz'? Durante dos años no dejarm' golpear a 'sa mujer. ¿Por qué? No porque Dios no queriend'. Ése ya no burlarse de mí. No's hombre de Dios. Él dij' dormir en la playa lluev'o relampagu', pero eso también gran mentira. L'hombre con casa a'i duerme todas las noches. Per'si él tiene paz en su cas', por qué n'deja yo paz en la mía. ¿Qué 'spera que haga? Pero ¿cómo s'conocieron 'stos? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuánto hace qu'l conoció m'esposa? ¿Por qué la proteg' de mí? Quizá mi'spos le dio mercancía y a cambio él promet'obligar esposo no golpearl.

A-a-a-ah, diol'ropas, diol' comida y cuidad' y cosas, si'l se ocupr' de que 'sposo no pegarl'... Mmmmmmmm.

[Mueve la cabeza.]

No, no es posible. No creer eso. Si así, ¿por qué entonces se pelearn'? ¿Por qué 'lla sentar frent' su cas' para pedirl' dinero? Yo no golpearl' todavía...

[Se detiene repentinamente. Sus ojos se abren cada vez más.]

¡Todopoderoso! ¡Chume, eres un tonto! Oh Dios, mi vida es ruina. Mi vida, ruina total. Oh Dios, no tener ojos en cara. 'Na mentira. 'Na gran mentira. Un pretext' que ponía 'sa malvad' mujer. N'iba recoger nada. N'iba dormir fuera cabaña. El Profeta es su amante. En cuant' oscurece, ella entra dentr' par'verse con l'hombre. Oh Dios, yo 'sperab complacert', ¿por qué arruinas así mi vida? Yo 'sperab y tú m'afligs' así?. ¿Te ofendí? Chume, pedazo de tonto, tu vida arruinad'. Tu vida arruinad'. Oh sí, sí... ah, sí que sí, ellos arruinar Chume toda vida... sí que sí...

[Sale; sus gritos van apagándose fuera del escenario. La luz aumenta sobre Jero. Ahora se ve al congresista arrodillado a los pies de Jero, las manos unidas y los ojos cerrados con la cara hacia el cielo...]

JERO *[su voz va aumentando de volumen]*: Por lo tanto, protégelo. Protégelo cuando tenga que dirigir este país, tal como lo hicieran sus antepasados. El desciende de los grandes guerreros de la tierra. En su inocencia no se había dado cuenta de lo que había heredado. Pero Tú sabes todo y todo lo planeas. No existe principio ni final...

[Chume se precipita en el escenario, blandiendo un machete.]

CHUME: ¡Adúltero! ¡Ladrón de mujeres! ¡'Horit' mism' termino contigo!

[Jero se vuelve hacia él]

JERO: ¡Dios nos libre! *[Sale huyendo.]*
CONGRESISTA *[sin darse cuenta de lo que sucede]*: Amén.

[Chume persigue a Jero con intenciones criminales.]

CONGRESISTA: Amén. Amén. *[Abre los ojos.]* Gracias, Prof... *[Mira a la derecha, a la izquierda, atrás, enfrente, pero el Profeta realmente ha desaparecido.]* ¡Profeta! ¡Profeta! *[Se vuelve brusca y rápidamente en todas direcciones, gritando:]* Profeta, ¿dónde está? ¿Dónde se ha ido? ¡Profeta! ¡No me abandone, Profeta, no me abandone! *[Mira hacia arriba lentamente, con respeto.]* Desvanecido. Transportado. Absolutamente transmutado. Lo sabía. Sabía que estuve ante la presencia de Dios...

[Inclina la cabeza, se levanta. Jeroboam entra ya muy controlado y, señalando al converso...]

JERO: Lo ha escuchado. Con sus propios oídos lo ha escuchado. Para mañana, la ciudad entera habrá oído hablar de la milagrosa desaparición del Hermano Jeroboam. Testificada y presenciada nada menos que por uno de los dirigentes electos del país...
CONGRESISTA *[va hacia el montículo para sentarse]:* Debo esperar su regreso. Si muestro fe, se me mostrará de nuevo... *[Se levanta de un brinco cuando está a punto de sentarse.]* Éste es terreno sagrado. *[Se quita los zapatos y se sienta. Se levanta de nuevo.]* Debo escuchar más cosas de sus labios. Quizá ha ido a enterarse de más datos acerca de ese puesto ministerial... *[Se sienta.]*
JERO: Ya he enviado por la policía. Es una lástima lo de Chume. Pero me ha dado un gran susto, y a ningún profeta le agrada ser asustado. Con la influencia de este pelele lograré fácilmente que lo encierren. De todos modos un año en el manicomio le sentará bien.

[El congresista está cabeceando.]

Bien... Ya está durmiendo. Cuando aparezca de nuevo ante él, pensará que acabo de bajar del cielo. Entonces le diré que Satanás acaba de enviar a este mundo a uno de sus emisarios bajo el nombre de Chume y que más vale que le pongan inmediatamente una camisa de fuerza... Así me habré salvado. La policía vendrá aquí a llamarme en cuanto hayan capturado a Chume. Además, parece que aún no llega el tiempo de que se realice la profecía de este hombre despreciable.

[Recoge un guijarro y se lo avienta al congresista. Al mismo tiempo aparece sobre su cabeza un círculo rojo, o de cualquier otro color llamativo, que forma una especie de halo. El congresista despierta con sobresalto, mira con la boca abierta y cae tendido boca abajo, murmurando en un rapto de sumisión...]

CONGRESISTA: ¡Maestro!

[Se apagan las luces.]

Traducción del inglés:
CARMEN CHUAQUI